

Epaminondas era un chico un poco distraído.

Su mamá había deseado tanto tener ese hijo... Si hasta le eligió el nombre más largo, rimbombante e inolvidable que halló:

E-pa-mi-non-das. Sí: Epaminondas.

¡Tanto lo había consentido en sus primeros años...! y ahora, que ya iba a la escuela, se quejaba de que el niño no supiese hacer esto o aquello, que las tareas, que se le olvidaba la mochila en cualquier lugar, los calcetines en la heladera, los chicles masticados en la tapa del inodoro... Eso la enojaba. “Olvidadizo. Despistado”. “Vive en la luna, este chico”, reprochaba a veces. “Es un abriboca”, pensaba agarrándose la cabeza.





Epaminondas ya tenía ocho años
y mamá aún no le permitía ir a
ningún lado por su cuenta,

ni siquiera hasta la casa
de su abuela, que vivía
a sólo ¡dos cuadras de
distancia! Pero un día,
luego de muchos ruegos,
y promesas, finalmente
lo dejó ir.



—Cuidado Epaminondas. ¡Mucho cuidado con la calle, con los extraños, con las esquinas, con los cordones desatados, con andar escarbándote la nariz y distraerte...! ¡UY! ¡Ojo! ¡Atención! ¡S.O.S! Uf... cuántos cuidados.

Con un “Sí, *maaa...*” Epaminondas se despidió y partió ¡por fin! a casa de su abuela. Solo.



Abu lo recibió con los brazos abiertos.
Una sonrisa grandota giraba por su arrugada
y bondadosa cara. Conversaron, jugaron a las
escondidas, tomaron una deliciosa merienda
y cuando llegó la hora de regresar, la abuela
le dio unas galletas recién horneadas, diciendo:

—Mmm... con pasas de uva. Son las favoritas
de tu mamá.



Epaminondas ya partía, contento, cuando la abuela levantó el dedo de apuntar y agregó: —¡Cuidado! ¿Eh? Para que no se caigan por el camino, hay que llevarlas bien agarraditas entre las manos —apretando puños, le mostraba con gestos la abuela.

